

Francia. La propiedad territorial era poderosa cuando no había otra, pero á consecuencia de los cambios indicados el dinero llegó á ser la nueva potencia dominadora y reguladora, fué la que elevó la clase media á una posición cada vez más influyente é importante, y la que determinó la decadencia política y social de la nobleza, que hasta entonces había sido el elemento fundamental de toda agrupación política.

En este terreno quedó también muy rezagada la Alemania, donde ni se logró deprimir y hacer inofensiva á esta nobleza, siempre partidaria y defensora de las organizaciones pasadas, ni se supo dar fuerza y solidez á las condiciones y á los poderes nuevos. La nobleza fué en Alemania rémora funesta del desarrollo del poder monárquico centralizador y del de las ciudades, y lo peor fué que en este país ni siquiera fué considerada como elemento social, ni menos político, la población rural, que por lo mismo miraba instintivamente á todas las demás clases como enemigas suyas; era la fiera estúpida y cobarde, pero que, en un momento dado, rompe las cadenas que la tienen sujeta y abusa de su libertad y de sus derechos naturales.

Por esto los males inseparables de todos los estados de transición fueron más funestos en Alemania que en otro país alguno; pero quiso el destino que cabalmente la sociedad de este país atrasadísimo recibiera el arma que impulsó la civilización universal, política y social, por un derrotero nuevo fuera del cual todos los progresos realizados anteriormente habrían muerto y habría sido efímero, como en otras épocas florecientes que registra la historia, el brillante renacimiento de las artes y las letras. Esta arma fué la imprenta, inventada por Gutenberg y aplicada en grande escala primero por el ayudante del inventor, Pedro Schöffer, y el opulento capitalista Juan Fust. Ya existía el arte de imprimir con planchitas de madera grabadas y aun con tipos de madera sueltos, con los cuales se combinaban palabras y aun páginas, pero á Gutenberg y á sus socios se debe la invención de tipos fundidos de un metal á la vez elástico y resistente. Inventado esto, pudieron multiplicarse los tipos hasta lo infinito y con poco coste, lo mismo que las obras impresas, y así se abrió un horizonte vastísimo á los grandes genios, á la enseñanza y á la inteligencia humana en general.

FIN DE LA HISTORIA DE LOS ESTADOS DE OCCIDENTE

HISTORIA

DEL

IMPERIO BIZANTINO Y DE LA MONARQUÍA TURCA

DESDE EL REINADO DE JUSTINIANO I HASTA FINES DEL SIGLO XVI

POR G. F. HERTZBERG

Catedrático de la universidad de Halle

LIBRO PRIMERO

EL IMPERIO BIZANTINO DESDE EL REINADO DE JUSTINIANO I HASTA SU CONQUISTA POR
LOS CRUZADOS EN 1204

INTRODUCCION

Cuando el arrojado héroe Odoacro se apoderó resueltamente de Italia en los primeros días del mes de setiembre del año 476 de nuestra era, acabando de una vez con la prolongada agonía del imperio romano del Occidente, no pocos contemporáneos suyos creyeron inevitable un suceso análogo y próximo en la mitad oriental del gigantesco pero anticuado edificio político de los Césares. Este cataclismo temido por los amigos del trono de Constantinopla y esperado con alegría por sus adversarios, no ocurrió sin embargo; y el senil imperio greco-latino del Oriente pudo arrastrar su existencia todavía cerca de diez siglos, hasta que una horda turánica, cuyo nombre el mundo latino apenas había oído pronunciar en tiempo de Odoacro y de Teodorico, se apoderó de la creación soberbia del gran Constantino. Siendo esta misma horda victoriosa, á la vez sectaria fanática y robusta de una nueva religión, consiguió elevar sobre las ruinas del imperio bizantino, un nuevo imperio que abarcó no solamente toda la península balcánica, es decir, las tierras cristianas más antiguas, sino que se extendió también mucho más allá; y este nuevo imperio, de carácter totalmente distinto y extraño, apenas establecido, pasó á dictar leyes desde su capital al Occidente de Europa.

La historia de los diez siglos que el imperio bizantino sobrevivió al derrumbamiento del imperio romano occidental, nunca ha excitado gran interés en Europa, y siempre que ha sido menester estudiarla, se ha hecho con aversión, menosprecio y una severidad excesiva. Mientras los unos se han apartado de este estudio enfadoso, calificando la vida del imperio bizantino con expresiones como las de «mil años de decrepitud, ó mil años de putrefacción,» los que no podían excusarlo lo han hecho con manifiesta repugnancia á causa de las eternas revoluciones de palacio, con su correspondiente cambio de déspotas, con los asesinatos, las sentencias bárbaras, las ejecuciones en masa; y también á causa de los partidos fanáticos y de las discusiones feroces sobre cuestiones dogmáticas apenas inteligibles para nosotros.

Hoy ha penetrado también en este confuso é insípido laberinto, el espíritu moderno de investigación científica, y ha obtenido resultados muy notables; distinguiéndose en

este campo particularmente los actuales eruditos griegos que se han dedicado con laudable celo al estudio tan descuidado de esta parte de su historia nacional. Resistencia y vitalidad tan asombrosas, tan sin ejemplo como la del residuo de la antigua monarquía de los Constantinos y Teodosios, que desmembrado y reducido supo hacer frente á los innumerables, grandes y repetidos ataques de avalanchas de pueblos búlgaros, eslavos, árabes y turánicos, renaciendo con nueva energía de las humillaciones más abyectas, incluso la catástrofe más formidable que puede suceder á un imperio, que fué su destrucción y desmembramiento por los jefes de las fuerzas terrestres y marítimas de la cuarta cruzada, y la pérdida de la misma capital, hasta que al fin se hundió para siempre en las oleadas musulmanas; semejante tenacidad y vitalidad tan asombrosa, decimos, constituyen ya por sí solas un motivo grandioso, que debería haber inducido hace mucho tiempo á los eruditos á estudiar á fondo la verdadera historia de este singularísimo imperio.

No es nuestro propósito entrar en esta obra en los pormenores múltiples y variados de la historia del imperio bizantino hasta el fin varonil del último Paleólogo; nos hemos de ceñir á trazar á grandes rasgos, según el estado actual de la investigación científica, el perfil de la historia de este imperio hasta la entrada del pueblo turco en la escena del Oriente cuando la Italia y la Francia predominaban en el Occidente; cuando aparecen ya agrupados en nacionalidades bien caracterizadas y circunscritas en la península de los Balcanes los pueblos meridionales de la raza eslava, y cuando finalmente se halló restablecida otra vez en el trono antiquísimo de los Constantinos la dinastía de los Paleólogos.

En este cuadro ocuparán preferentemente nuestra atención las causas que originaron aquella vitalidad tenaz, y en segundo lugar la importancia é influencia no menos grandes que el imperio bizantino tuvo durante largos siglos como heredero y representante de una civilización grande y brillante, y de sus tesoros artísticos é intelectuales. Después de estos puntos capitales dirigiremos también nuestra atención al renacimiento espléndido de la civilización árabe del tiempo de los califas, y á las primeras y débiles manifestaciones de una nueva civilización que á paso lento fué entonces creciendo en las nuevas nacionalidades que en el Mediodía y el Occi-

dente de Europa salieron de la mezcla de los pueblos latinos con las tribus germánicas. Esta civilización acababa de llegar al punto de desarrollo necesario para recibir en su seno los últimos restos y representantes de la civilización griega, ahuyentada de su patria por los cañones turcos con la terrible brecha que abrieron en los fuertes muros de Constantinopla, brecha que fué la sentencia de muerte del gran imperio oriental ó bizantino.

Bajo todos estos aspectos seguiremos los sucesos que forman la imponente decadencia del imperio romano del Oriente, hasta que el huracán turco todo lo barrió de la escena. Después narraremos, también á grandes rasgos, la historia de los sucesores del terrible Mahomet II hasta la época en que esta tribu turana, enseñoreada del triángulo ilírico, llegó al colmo de su poder formidable, para bajar desde entonces gradual y lentamente la larga pendiente de su decadencia.

PARTE PRIMERA

EL PERIODO DESDE JUSTINIANO I HASTA LA DESAPARICION DE LA DINASTIA MACEDÓNICA

CAPITULO PRIMERO

EL PERIODO LATINO DEL IMPERIO BIZANTINO.

Principiamos nuestra descripción histórica con el reinado del emperador Justiniano I; no porque este monarca haya sido el creador de lo que se ha dado en llamar en la historia *carácter bizantino*, sino por otros motivos mucho más trascendentales que expondremos muy luego. Los rasgos fundamentales de lo que constituye el *bizantinismo*, ó sea la fisonomía particular del imperio romano oriental y de sus manifestaciones hasta el fin de la dinastía basiliana, se derivaron de las condiciones orgánicas creadas por Constantino el Grande; pero esta fisonomía romaica, esto es, neo-griega especial no empezó á generalizarse é imponerse hasta muchísimo tiempo después de Justiniano I, cuando este bizantinismo consiguió imperar sobre la civilización y costumbres romanas dominantes antes y después de Arcadio en el país del Bósforo. La invasión árabe destruyó esta influencia arrebatando al imperio todas las provincias al Este y Mediodía del Mediterráneo, cuyos habitantes, de raza semítica y berberisca, no habían admitido más que un barniz latino en una parte y griego en otras. Solo cuando hubo desaparecido de la escena del mundo el imperio romano de Occidente, y cuando el de Oriente quedó reducido á territorios genuinamente griegos ó completamente grecizados, excepto las provincias septentrionales de la península balcánica invadidas poco antes por hordas eslavas y búlgaras; solo entonces consiguió imperar el carácter romaico ó neo-griego en lo político como ya imperaba en la vida privada, y pudo desarrollarse hasta constituir la variación bizantina, que entró en la historia con la Edad media y desapareció con la fundación del imperio turco.

Los motivos que nos han determinado á principiar nuestra reseña con el reinado de Justiniano I, que duró desde el año 527 hasta 565 de nuestra era, son varios y como ya dijimos trascendentales. Este descendiente de una familia romanizada de labradores de Tauresium (*Tebris*), en el distrito dardánico de Bederiana, nació el 11 de mayo de 482, y fué el emperador que dió en cuanto fué posible el golpe de gracia al mundo antiguo. Destruyó radicalmente y para siempre en 529 la academia antiquísima de los neo-platónicos de Atenas, porque en ella seguía funcionando impertérrito el espíritu gentilicio; suprimió en 541 el consulado, después de haber hecho una enérgica y desapiadada campaña contra las grandes masas de gentiles que todavía existían en el imperio,

campaña que duró desde el año 528 hasta 532, y finalmente demostró con la aplicación de los monumentos arquitectónicos del mundo helénico á la iglesia anatólica, que había decretado irremisiblemente la desaparición completa de aquel mundo antiguo, cuya muerte había iniciado el emperador Teodosio I, hijo de España, con sus crueles decretos.

Otro motivo para principiar nuestra historia con este largo reinado es que en su tiempo y en el del reinado siguiente se cierra de una manera imponente y precisa la época llamada de la invasión de los bárbaros, época henchida de sucesos inauditos, de catástrofes generales que cambiaron la faz de toda la Europa y se extendieron hasta al Norte de Africa, dando á todos los pueblos una nueva dirección y un nuevo modo de ser.

Este mismo reinado de Justiniano se distingue cabalmente por la resistencia admirable y eficaz que opuso á las innumerables hordas bárbaras que todo lo arrollaban á su paso y cuyos claros llenaban al instante hordas nuevas que pugnaban por abrirse paso. En este reinado quedaron fijados los límites del imperio bizantino de la Edad media, y contra él, después de desviado hácia el Occidente el diluvio de las innumerables masas germánicas, dirigieron sus primeros ataques nuevos enemigos salvajes procedentes del Norte, de raza búlgara, eslava y turánica, que se establecieron para siempre en varios países del Occidente muchas generaciones antes que el islamismo y el califato trazaran su semicírculo candente al Mediodía y al Este del imperio.

No obstante la debilidad lamentable de los dos primeros emperadores de Oriente Arcadio y Teodosio II que reinaron respectivamente desde el año 395 hasta 408, y desde 408 hasta 450, pudo salir intacto su imperio de los gravísimos peligros que hundieron para siempre el de Occidente en el curso del siglo v. Las fortificaciones de Tesalónica, hoy Salónica, ante las cuales se estrellaron todos los ataques de los enemigos y especialmente de los bárbaros, y la posición central é inexpugnable de la nueva capital Constantinopla, permitieron dedicar mas fuerzas á las provincias ilíricas, las más expuestas del imperio. Esto facilitó la desviación de los visigodos y de otras hordas germánicas, temibles por su número y vigorosa savia, hácia Italia y la Galia á principios del siglo v, y asimismo la de la formidable embestida de los hunos que se corrieron hácia el Occidente á mediados del mismo siglo, á lo cual se agregó luego la muerte inesperada y prematura de Atila que ocurrió en el año 453. Libre ya el imperio oriental de estos peligros capitales, empezó á manifestarse en el gobierno la astuta diplomacia y la asombrosa tenacidad en la persecución de sus

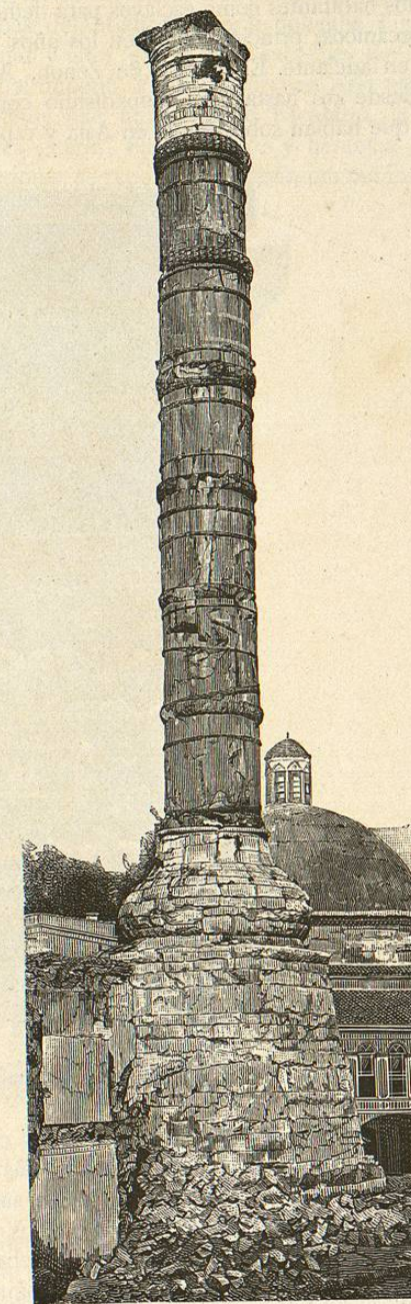
ideales que han sido los dos rasgos más característicos del espíritu bizantino hasta la hora en que espiró con el último Paleólogo.

La obra atrevidísima de Odoacro, con la consiguiente extinción definitiva de la corte y trono de Rávena, no significaron para la corte de Constantinopla más que la defunción y extinción de una rama co-heredera, y el simple traspaso en favor de la corona imperial de Oriente de todos los territorios, provincias y derechos que tenía el de Occidente. Este derecho de sucesión por herencia sostuvieron los soberanos de Constantinopla desde el año 476, mientras les quedó aliento para ello y tiempo para pensar en los países del otro lado del Adriático; y lo defendieron con aquella tenacidad incomparable que heredó después la curia romana, y de que dieron ejemplo todos los gobiernos de Constantinopla, procurando, aun en los momentos más desesperados, reconquistar y conservar la línea de los Balcanes en la península danubiana, hasta el día en que los turcos pasaron el Helesponto para no retroceder.

Esta tenacidad secular é imperturbable tuvo por constante compañera una asombrosa y magistral destreza en el manejo de la política extranjera. Así es que entre los hombres de Estado de la época se consideró como una de las obras más hábiles de la diplomacia bizantina el que el emperador Zenon, tercer sucesor de Teodorico II y que reinó desde el año 474 hasta 491, consiguiera inducir en 488 al joven rey de los ostrogodos, Teodorico, tan molesto con sus hordas para el imperio de Oriente, á marcharse con ellas desde la Mesia y pasar á Italia para expulsar de allí al conquistador intruso Odoacro. En efecto, fué un golpe sumamente hábil arrojar germanos contra germanos, arrebatando al héroe Odoacro su conquista, y hacer á los godos recobrar la Italia en nombre y en beneficio del emperador de Constantinopla; solo que, fuera del feliz resultado inmediato, se engañó esta vez la astuta diplomacia bizantina, porque este golpe produjo en realidad para el imperio más daño que provecho; no precisamente porque el joven rey ostrogodo se creara en Italia un reino y un poderío muy contrario á las intenciones y cálculos de los políticos de Constantinopla, sino porque el emperador Zenon en su odio soberbio de monarca civilizado al elemento germánico bárbaro, no supo entenderse franca y lealmente con un hombre como Teodorico ni utilizar sus cualidades. Así, queriendo alejarle con sus ostrogodos del bajo Danubio, abrió el camino de los Balcanes á nuevos enemigos del imperio, mucho peores de lo que hubieran podido ser los godos. Es ocioso perderse en conjeturas sobre la dirección completamente distinta que hubieran tomado los sucesos históricos en el Sudeste de Europa, si una amistad sincera entre bizantinos y ostrogodos hubiera permitido al fuerte Teodorico fundar sólidamente un Estado germánico entre los Balcanes y las escarpadas cordilleras de la Transilvania; pero es lo cierto que la habilidad diplomática demasiado sutil del emperador Zenon destruyó para siempre la perspectiva de levantar á orillas del Danubio un sólido baluarte gótico contra la posterior irrupción de los enjambres eslavos y fino-tártaros que desde las dilatadas llanuras del Ponto se precipitaron sobre el delta de aquel río.

El único pueblo germánico que quedó en aquellas comarcas fué el de los gépidos en la Dacia, el cual por cierto fué utilizado por la política bizantina siempre que las circunstancias lo aconsejaron; pero no era este grupo bastante numeroso para servir de dique contra las oleadas humanas que desde la partida de los ostrogodos se presentaron cada vez más amenazadoras en la región del Bajo Danubio, á saber, en la Mesia. Ya los ostrogodos habían sostenido, antes de abandonar el país, embestidas de varias avanzadas de aquellas hor-

das, especialmente de las búlgaras; y cuando se emprendió la lucha á muerte entre Teodorico con sus ostrogodos y las tropas de Odoacro, no tardaron en presentarse en los territorios fronterizos del Bajo Danubio los jinetes búlgaros que fueron los enemigos más peligrosos del imperio, y cuyo nombre marchó desde entonces unido á la historia de la penín-



Restos de la columna de Constantino el Grande en Constantinopla

sula Danubiana, en la cual quedaron establecidos para siempre. Los búlgaros sin embargo son todavía por la etnografía y por el idioma un pueblo extraño á la raza eslava. Por lo general se los cree hoy idénticos á los *hunos cutrigures* y hermanos de las tribus cazares y samoyedas, de raza finesa-ugria, que posteriormente aparecieron entre el Volga y los mares de Azoff y Caspio.

Aunque los ostrogodos se mostraron enemigos del imperio después de la desaparición del huno Atila, el daño que hicieron no fué siquiera comparable, al decir de los mismos bizantinos, con el terror que precedió y acompañó á las hordas búlgaras cuando al salir de las llanuras del Volga, del Don y del